

Juan 21:1-14

Juan 21:1-14

El período de 40 días entre la Pascua de resurrección y la Ascensión de nuestro Señor Jesucristo al cielo era un período de preparación para los discípulos. Al principio de ese período, Jesús les había dicho: "Como me envió el padre, así también yo os envío". Cerca al final de este período les diría: "Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Todo lo demás ocurrió entre aquel primer encuentro de Jesús con su bando temeroso de discípulos, y los que pocos días más tarde recibirían el poder desde lo alto para ir y cumplir la gran Comisión de llevar el nombre de Jesús hasta los fines de la tierra. Claramente, entonces, las apariencias y palabras de Jesús durante ese tiempo tenían que promover un gran cambio en los discípulos. Tenía que transformarlos y fortalecerlos para su misión futura.

Pero la misión de hacer discípulos a todas las naciones no era limitada a los discípulos a quienes Jesús apareció. Es dada a la Iglesia de todos los tiempos y en todos los lugares. Debe ser evidente, entonces, que la importancia de las lecciones en las apariciones del Cristo resucitado tampoco se limita a los que originalmente las vieron, sino también se extiende a nuestro tiempo y nuestra situación actual. Nos conviene, entonces, una mirada a Cristo mientras "el Cristo resucitado se revela". I. Como el que bendice el trabajo de sus discípulos. II. Como el que provee las necesidades de sus discípulos. III. Como el Señor de gloria.

"Después de esto", o sea, algún tiempo después de revelarse a los diez y luego a Tomás, "Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera". De este modo Juan nos prepara para la lectura de estos versículos. Va a haber un énfasis en la manera en que se revela Jesús.

La situación en que se revela es la siguiente: un grupo de los discípulos, o sea, los que antiguamente habían practicado el oficio del pescador, estaban reunidos cerca al mar de Galilea. Pedro dice: "Voy a pescar", y los demás discípulos están de

acuerdo. No ha llegado el momento en que serán finalmente enviados en su gran misión, y mientras tanto van a ocupar su tiempo en algo útil. Pero, el hombre propone y Dios dispone. Después de toda una noche de fatigosa labor en las faenas del pescador, se encuentran sin resultado alguno; no han pescado nada. Todo su trabajo parece ser sin bendición alguna.

Luego, cuando ya va amaneciendo, se presente Jesús en la playa, aunque los discípulos todavía no lo reconocían. Tenemos la impresión de que sencillamente apareció allí, como en el cuarto en la noche de la Pascua. No tenemos que pensar que apenas en ese momento había llegado a la escena del trabajo de los discípulos. Más bien, había estado con ellos todo el tiempo, mas invisiblemente.

Y es en eso que tenemos que aprender una lección valiosa. Ya que estas apariciones tienen el propósito de preparar a los discípulos para su obra misionera, tenemos que considerar que hay una aplicación también a nuestro trabajo como iglesia. Nosotros también proponemos cosas. Decidimos abrir nuestros campos misioneros. Decidimos que este o aquel campo necesita más personal para llevar a cabo la obra. Decidimos que vamos a esforzarnos por alcanzar ciertas metas de asistencia o membresía en la congregación local. Pero, en fin, el hombre aún con los mejores planes no puede garantizar los resultados. Solamente puede buscar hacer la voluntad del Señor, y esperar que el Señor mismo dé los resultados del trabajo.

Y, en efecto, el Señor muchos veces parece por algún tiempo, sea largo o corto, dejar el trabajo de una congregación, de un campo misionero, de un programa de educación en la palabra de Dios, quedar sin fruto. Como los discípulos varias veces esa noche han de haberse preguntado si valía la pena seguir pescando, las mentes y los corazones de los que hacen el trabajo de pescar a hombres a veces preguntan si realmente va a haber fruto, si vale la pena seguir. Podemos pensar en la misión a los apaches que comenzó en 1893. Siete años más tarde había sólo 15 bautizados, y sólo un adulto.

Jesús no estaba ignorante de las fatigas y la falta de éxito de los discípulos pescadores en el texto, y no está ausente de su iglesia hoy. "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo", promete Cristo, y en nuestro texto es Jesús quien aparece en la madrugada, y con su pregunta: "¿Tenéis algo de

comer?", les hace dolorosamente conscientes de su falta de éxito.

Sólo entonces, cuando confiesan que no han pescado nada, demuestra Jesús su bondad y generosidad, instruyéndolos a bajar las redes una vez más a la derecha del barco, y luego llenando la red con 153 peces grandes, tantos que los discípulos miran con asombro el que la red no se haya roto.

Ciertamente Jesús podría haber dado su bendición mucho más temprano, y lo podría haber hecho sin manifestarse tan visiblemente en la playa del lago. Pero me pregunto si hubiera sido tan beneficioso para los discípulos o si les hubiera servido de tan buena lección en su preparación para su trabajo futuro. Fácilmente, entonces, podrían haber pensado, es debido a nuestra habilidad como pescadores. En la forma en que de hecho sucedió, sin embargo, tenían que reconocer sin dudar que su éxito se debe totalmente al poder de la palabra de Cristo. No hay otra explicación.

Tanto los discípulos como la iglesia de hoy necesitan aprender que a veces hay un tiempo largo de siembra, un tiempo en que aparentemente no hay casi ningún fruto. Y es necesario eso también en la iglesia, para que, cuando venga el fruto sea evidente que el Señor ha dado el crecimiento. No busquemos frutos de nuestras propias habilidades. Pidámoslos al Señor de la mies

Hay otra lección en la manera en la cual Jesús aparece a sus discípulos en la playa del lago. Se manifiesta como el que provee todas las necesidades de sus discípulos. Ellos están sin pesca, y por tanto, hasta sin el desayuno que tanto necesitarán después de tanto trabajo durante toda la noche. Y el Señor no solamente les da la pesca, él mismo suple algo de pescado y pan cocido. "Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan".

Pero otra vez notamos, no lo hace hasta preguntarles si tienen algo que comer. Cuando confiesan que no tienen nada, les colma de bendiciones. De este modo podían aprender a depender de Jesús para cuidarlos en cualquier parte.

Por supuesto, Jesús había dado esa lección antes. Al enviar a los 70 les envió sin víveres, dependiendo solamente de su palabra para sostenerlos. Antes de ir a su muerte les había dicho:

"cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, os faltó algo?" Le tenían que responder: "Nada".

Así aprenderían a seguir fieles en su obra de predicar el nombre de Cristo, sean buenos o malos los tiempos, sea tiempo de paz o tiempo de persecuciones, sabiendo que el Señor mismo iría con ellos y les bendeciría y les sostendría. Y los discípulos aprendieron bien la lección. Cuando los miembros, no los apóstoles, fueron esparcidos de Jerusalén, probablemente en muchos casos dejando atrás muchas posesiones, "iban por todas partes anunciando el evangelio". Y el apóstol Pablo más tarde escribió a los filipenses, agradeciendo la ofrenda que le habían enviado: "No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia, en todo y por todo estoy enseñado, así para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:11-12).

En un tiempo cuando nuestro sínodo se enfrenta con una crisis económica, y en que hay que considerar hasta la posibilidad de cortar la expansión misionera de nuestra iglesia, es bueno recordar que es Jesús quien suple las necesidades de su pueblo.

En un tiempo en que hay gran inseguridad económica en nuestro país, es también de suma importancia recordar que es el Señor que ve nuestras necesidades y está solícito para cuidarnos y de suplirlas. Podemos pasar por tiempos en que esto parezca dudoso, pero en fin el Señor proveerá por nosotros de una manera que sobrepasa toda nuestra imaginación. Era una lección necesaria para los discípulos, y es una lección necesaria para nosotros.

Pero, ¿cómo iban a convencerse los discípulos? ¿Cómo recobrarían la fuerza necesaria para ir con valentía a proclamar el mensaje de Jesús? Y ¿cómo podemos nosotros recibir la firme confianza que nosotros necesitamos para seguir en nuestras tareas como cristianos? Tenemos que saber y estar totalmente conscientes de quién es y con quién tratamos. Jesús se manifiesta a los discípulos como el Señor de gloria.

Las apariciones repentinas a los discípulos en un cuarto de Jerusalén habían mostrado una gloria del Señor resucitado. Ahora, dándoles esta pesca milagrosa confirma el control sobre la naturaleza que había mostrado en una ocasión semejante al principio del ministerio de estos discípulos.

Sin embargo, hay algo curioso. El mismo Jesús se les apareció en la orilla del lago, pero de inmediato no lo reconocieron. Aún cuando iban a comer, "Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿tú quién eres?, sabiendo que era el Señor". ¿Cómo es que no lo reconocieron por su apariencia? ¿Sería que no tenía la misma apariencia física en todas sus apariciones? Quizás entre la primera de las ocasiones en que se les manifestó y las últimas antes de su Ascensión les daba muestras siempre más claras de su gloria y exaltación, como antes de morir se había transfigurado delante de tres de sus discípulos. Sea cual fuere la razón, no lo reconocieron por su apariencia, sino por sus palabras y sus acciones

Cuando los discípulos después salían, cuando desafiaban amenazas de muerte, cárceles, azotes, para seguir dando testimonio de la palabra del Señor y su salvación que había ganado para todos los hombres con su cruz, lo hacían completamente conscientes de que era el Señor de gloria que los acompañaba, el que quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad.

Y nosotros también, entre más que conocemos el poder y la bondad del Señor de gloria que nos acompaña, con más fuerza y seguridad llevaremos a cabo la gran tarea que nos ha dado, la de predicar el evangelio a toda criatura. Entre más que conozcamos su poder y gloria, más consideraremos que en verdad él mismo nos dará los frutos de su palabra, llevando a los pecadores a creer en su nombre. Más confiaremos también que él suplirá todas nuestras necesidades. En fin, entre más que conocemos a este Cristo como el Señor todopoderoso, lleno de cuidado y amor para con nosotros, más nos podremos enfrentar con todo trance que nos alcance en la vida. Dios nos dé esta confianza en el Señor resucitado. Amén.